

# La Ilustración Católica

## SUMARIO.

TEXTO: *Revis'a*, por V. P. Nulema.—*Recuerdos de un viaje*: XVI, *Vuelta á Madrid*, por D. Fidel Fita, S. J., y D. Aureliano Fernández-Guerra.—*El Mural de Murillo* (conclusion).—*Iglesia de San Agustín de Manila* (conclusion), por Fr. Tirso Lopez, O. S. Aug.—*A mi hermana E.* (poesía), por el Marqués de Cerralbo.—*Los grabados*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

GRABADOS: *Hazañas del moderno vandalismo*: *Puerta de la iglesia de la ex-cartuja «Vall de Cristi.»*—Arte cristiano: *La Asunción de Nuestra Señora*, (Cuadro del Ticiano).—*Recuerdos de un viaje*: *Arqueología española: Estatua togada hallada en Medina de las Torres*.—*Armas y espada romanas de arte español*.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.  
Tres meses... 16 rs.  
Un año... 60 »  
Cuba y Puerto-Rico.  
Seis meses... 2 1/2 ps.  
Un año... 4 »

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.  
Seis meses... 11 fr.  
Un año... 21 »  
Filipinas y Méjico.  
Seis meses... 3 1/2 ps.  
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid, 14 de Agosto de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.<sup>a</sup>—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 6.<sup>o</sup>

Número suelto, real y medio.

## REVISTA.

El calor, que se mostró amenazador en los últimos días de Julio, va tratándonos con indulgencia. Posible es que guarde sus rigores para los últimos momentos; pero como las noches alargan y las visitas de Febo son más breves, nos quedará defensa contra sus ardientes rayos en las frescas brisas de las noches de Setiembre.

A pesar de la benignidad de la estación, ningún año ha sido más numerosa que el presente la emigración veraniega. Las calles, los paseos, todos los sitios públicos están poco menos que desiertos. La plaza de Oriente, torbellino otros años de niños clamorosos y de ancianos pacíficos, está á las once de la noche tan desanimada, que sólo se destacan impasibles y silenciosas las estatuas de los antiguos reyes, que deben decirse al oído: «De esta hecha nos quedamos sin súbditos.»

No hemos visto los Jardines del Retiro; pero nos han asegurado que, á pesar de ser aquél el foco de la sociedad madrileña que no emigra, nótese mucha falta de gente. Estamos ciertos de que opinará lo mismo el empresario.

Al paso que vamos, Madrid va á quedar cerrado los veranos. La moda, á quien tanto debe la corte, va á ser el ejecutor de esta medida, que los comerciantes reducirán á libras y varas. Se cerrarán todas las oficinas del Estado y las de particulares; se suspenderán todos los periódicos; las aguas del Lozoya se destinarán á regar los campos; el cuerpo de vigilancia y orden público se dedicará á perseguir la filoxera, y los comerciantes, médicos, abogados, etc., se irán á paseo.

La moda no retrocede en sus conquistas, y de año en año avanza á pasos de gigante, llevándose

consigo numerosas falanges de aventureros. Llegará día en que se impondrá multa á las familias que se queden en Madrid, por contravenir las costumbres modernas. El período de las vacaciones se observará con más rigor que la veda, y se celebrará con gran-

des fiestas el día de la clausura de Madrid y el día de la apertura, que coincidirá con las ferias.

Es más, aplicando á este tiempo el descubrimiento del Dr. Tanner, las gentes se alimentarán del aire fresco del Guadarrama, y cuando más del agua del Manzanares, recogida en el puente de Toledo.

## HAZAÑAS DEL MODERNO VANDALISMO.



PORTADA DE LA IGLESIA DE LA EX-CARTUJA «VALL DE CRISTI.»

Hemos dicho que se suspenderán los periódicos, y creemos que esta medida debe ensayarse pronto. ¡Qué cosa tan deplorable es la prensa de Madrid durante el verano! Dormida la política, ausentes los hombres públicos, cerrados todos los círculos científicos y literarios, apenas tienen en qué ocuparse. Y sin embargo, las columnas que diariamente deben llenarse son las mismas que en invierno, las mismas las secciones, las mismas las horas del correo, todo igual, menos los asuntos, porque apenas hay ninguno.

De aquí el mayor cúmulo de noticias inexactas que diariamente se ponen en circulación, los extravíos de la crítica obligada á juzgar de pequeñeces, los pronósticos disparatados, los ataques inmotivados y las polémicas inconvenientes y absurdas.

La prensa en verano, precisada como el Dr. Tanner á vivir sin alimentos, aliméntase de su propia sustancia, cayendo en el sopor del sueño ó en la peligrosa posturación de la anemia.

*El Padre Cobos*, aquel formidable ariete de la verdad y de la justicia, que acabó con la Revolución del 54, suspendió sus tareas en Julio del 55 para terminirlas en Setiembre. En el artículo de despedida se leían estas ó parecidas frases: «Suspendemos *El Padre Cobos* con el mismo derecho con que lo empezamos, y con el mismo con que lo continuaremos en 5 de Setiembre. Los que extrañen esta suspensión pueden consultar el termómetro y



encontrarán en él una razón de 36 grados sobre cero. Si imitase nuestra conducta la prensa política, á pesar de hallarnos en Julio, aún podríamos abrigar la esperanza de que se diese una vuelta por España la prosperidad pública.»

Consignamos con gusto este antecedente, que no ha perdido ni su oportunidad ni su gracia.

La prensa noticiara ha encontrado pasto abundante á la voracidad de sus columnas en el cúmulo aterrador de crímenes y desgracias que todos los días ocurren en España.

No basta que en un día se hayan dictado en Madrid trece sentencias de muerte, que se haya ejecutado una en el Campo de Guardias, que el verdugo se apérciba para emprender una sangrienta campaña; la criminalidad va en aumento, y con ella la gravedad horrible de los delitos que se ejecutan. Estos días han hablado los periódicos de un hombre que en Andalucía ha asesinado con nueve puñaladas á un niño de doce años, causando además diez y siete heridas á otro niño hermano del muerto; del secuestro de una niña de ocho años en la Plaza del Carmen, de Madrid; de tres suicidios ejecutados por medio de disolución de fósforos en agua; de.... ¿dónde iríamos á parar si quisiéramos dar cuenta de los delitos y desgracias ocurridas semanalmente?

Y cuando la prensa divulga estas noticias aterradoras; cuando el público se va haciendo insensible á emociones tan tristes; cuando se leen las narraciones de crímenes espantosos junto al elogio de una comedia nueva, ¿se quiere hacer secreta la pena capital?

Si corren por las calles arroyos de aguas inmundas infestando la atmósfera y alterando la constitución de los que la respiran, cuya sangre malean y corrompen, ¿cómo se quiere soterrar en las alcantarillas para que se esconda y trasmine el agua pura y regeneradora de la justicia, dimanada de la moral y de las leyes?

Hé aquí, sin embargo, lo que está sucediendo en Francia, donde corren por las fuentes públicas, por las calles y por las Asambleas las inmundicias de la impiedad masónica, mientras se arrojan fuera las aguas limpias y saludables de los claustros y escuelas católicas, para que sea más eficaz y más rápido el envenenamiento de la sociedad.

Las últimas noticias de París son por extremo desconsoladoras. La *Commune* se organiza públicamente, y los decretos de 29 de Marzo se llevarán á efecto en todo el mes de Agosto.

«El Gobierno,—según dice el *Figaro*,—consiente toda suerte de manifestaciones radicales, mientras parece dispuesto á ahogar la más insignificante manifestación religiosa.»

Como prueba de lo que en este camino se adelanta, copiaremos algunos párrafos de la proposición presentada al Ayuntamiento de París por el concejal M. Lafon. Dicen así:

«El punto culminante de la colina de Montmartre, propiedad de la villa de París, fué tomado, en virtud de una ley de utilidad pública, y entregado de esta manera á los peores enemigos de la sociedad moderna.

«Bien pronto la iglesia del Sagrado Corazón dominará á París como un reto lanzado á la civilización.

«El ayuntamiento de París no ha sido nunca consultado. ¿Podrá permitir sin protestar que se acabe un edificio que será el símbolo insolente de la intolerancia y del fanatismo?»

El impío concejal propone que se levante una estatua monumental á la República delante de la Iglesia.

Invasión del infierno en el mundo, llamó un autor á la primera república francesa. Los tiempos, no han variado.

¡Quiera Dios apiadarse de la Francia católica!

Hemos citado al Dr. Tanner, y no hay más remedio que dedicarle un párrafo. Es la celebridad del día; su nombre resuena de uno á otro continente.

Según los últimos partes, el Doctor ha ganado la apuesta, pasándose cuarenta días sin probar alimento. Y no es esto lo más notable, sino que ahora salimos con que el agua que se le suministraba durante el ayuno, traída para él de Pensylvania, contenía materias nocivas, es decir, que estaba envenenada, según parece, con tártaro emético. Este envenenamiento se atribuye á manejos de las personas que han

apostado contra el pronóstico del doctor, las cuales sin duda lo creían posible cuando apelaban á este recurso homicida.

Los periódicos ingleses dedican á este asunto una atención ridícula; y por imitación, propia de estos tiempos de libre pensamiento, los demás de Europa echan también su cuarto á espadas en este juego de la ciencia positivista.

Nosotros seguimos creyendo que el Dr. Tanner es un Dulcamara, que conociendo á su siglo se ha propuesto explotarlo con el absurdo. Su empresa ha rayado en lo increíble. Para expender unas píldoras de miga de pan ó un elixir de vino blanco, ha recurrido al más estúpido reclamo que se ha conocido. Á un siglo que se precia de abominar los misterios de la fe, por ser superiores á la razón humana, acaba de poner un embaucador *yankee* la ceniza en la frente, interesando vivamente la atención del mundo con la necia patraña de que se puede vivir cuarenta días sin comer. Y consigue que se crucen apuestas, que se circulen telegramas, que hablen de su invento todos los periódicos de la tierra, y que la ciencia positiva inscriba su nombre en el catálogo de sus hombres ilustres. ¿Puede darse mayor rechifla del racionalismo moderno, de la independencia de la razón filosófica, de la soberbia y presunción del siglo XIX?

Enviamos al doctor famélico la enhorabuena por su triunfo, encargándole que le dé memorias á su colega y convecino el Dr. Draper, quien debe añadir esta conquista de la ciencia á la historia de sus *Conflictos* pecuniarios.

Los partidarios entusiastas del progreso moderno tienen otro motivo de satisfacción más positivo que el del Dr. Tanner.

Mr. Pieri acaba de inventar un nuevo fusil, que lleva grandes ventajas á todos los conocidos. El mecanismo de la carga y descarga que en los sistemas más sencillos no baja de 25 piezas, consta en éste de siete; el disparador se halla colocado en la parte superior posterior de la recámara y se mueve con la yema del dedo pulgar, asegurando la puntería; en fin, su peso no excederá de cuatro kilogramos y medio, contando con diez cartuchos de reserva.

Ahora bien; este sistema de fusiles arrojan la siguiente ventaja total: en ménos tiempo, con ménos gasto y con más seguridad, pueden matar más gente.

De treinta años á esta parte las reformas de las armas de fuego tocan los límites del progreso indefinido. Dentro de otro período igual de años, la perfección habrá llegado á término increíble, y la vida humana se pondrá á tan bajo precio, que no valdrán cien hombres un perro chico.

Cuando Berdan inventó su fusil, que hoy está en camino del Museo arqueológico, solía decir á sus amigos mostrándoles el privilegio de invención:—Llevo aquí la vida de muchos miles de hombres.

El último inventor, dentro de cien años, podrá decir:—Llevo aquí la humanidad entera.

El famoso abate Gaume, discutiendo sobre los progresos materiales de estos tiempos, ha creído entrever el nombre de este inventor. Se llamará.... el Antecristo.

Hemos visto con indecible júbilo que con fecha 30 de Junio último se ha autorizado el establecimiento de una comunidad de trapenses en San Pedro de Cardena.

Este famoso monasterio, que tantas veces suena en el *Romancero del Cid*, que era lugar predilecto del héroe castellano y custodio de su sepulcro, yacía completamente desamparado. Al visitarlo en 1838 el insigne Cardenera, escribió estas dolorosas frases: «Yazca en buena ó mal hora desierto y abandonado sobre su sepulcro de Cardena el venerable simulacro del gran Rodrigo de Vivar; yazca cubierto de polvo.... quizá también de piedras, que la turba vil y soez se complazca en arrojar desde la próxima colina á aquel augusto monumento, y con estúpida carcajada celebre la destreza con que las piedras asestadas á él se han introducido por la angosta ventana, haciendo mil pedazos sus colorados vidrios.... no importa; quiero recordar á todo español bueno y generoso la forma del respetable monumento.»

Y hablando después de las vicisitudes de este sepulcro, añadía: «Por los años de 1809 ó 10, el general francés Thibaut, entusiasta y admirador del *Chevalier sans peur et sans reproche* de Castilla, temiendo fuese maltratado en Cardena, lo trasportó á Búrgos,

recibiéndole con todos los honores de generalísimo, y lo hizo colocar en la margen del Arlanzon, junto á la ciudad. Así permaneció hasta el año 24, en que fué restituído á su poética y antigua morada de San Pedro de Cardena.»

¿Y después?

Mejor es callar, y consolarnos de tanta incuria y abandono, con la esperanza de la restauración que llevarán á cabo los Padres Trapenses. ¡Ojalá que pronto podamos repetir con el antiguo romance:

En San Pedro de Cardena  
Su cuerpo la tierra ensancha,  
Que como lo hizo en vida  
Allí tampoco le falta.

V. P. NULEMA.

## RECUERDOS DE UN VIAJE.

### XVI.

#### VUELTA Á MADRID.

Llegamos á Tuy poco ántes de oscurecer, encontrándonos en el camino á su excelencia ilustrísima el Sr. Obispo D. Juan María Valero, que andaba en santa visita y nos llevó de huéspedes á su palacio con el mayor agasajo y dulzura. Por complacernos su digno secretario D. Pascual Carrascosa, había obtenido calco de cierto epígrafe romano, haciendo para ello una excursión á la parroquia de San Pedro de Zela, que dista de Tuy dos leguas al norte y casi una al occidente del Porriño, en la falda oriental del monte de San Colmado. Allí es fama haber padecido martirio, cuando la persecución de Neron, los santos Crispulo y Restituto (1); y muy cerca está la ermita de Nuestra Señora del Castro, cuyo nombre recuerda un castillo de gente romana. Próxima al nacimiento del río Miñor, en el antiquísimo territorio de los *Helenos*, que lindaban al sur con los *Grovios* tudenses, y por noroeste con los *Espacos* de Vigo, ¿se debe considerar á Zela como un barrio de la encumbrada *Ἑλλήνες* (*Hellenes*) que Estrabón recuerda hacia aquella parte? Aguardemos á que impensado hallazgo afiance ó desvanezca la conjetura. Pero hé aquí el descubrimiento que nos comunicó el Sr. Carrascosa.

Desenvolviendo el suelo en el atrio de la parroquia de San Pedro de Zela, se halló no hace mucho y se colocó discreta y oportunamente en la pared de la Casa de Obra, contigua al templo, un blanco mármol de Carrara, de 91 centímetros en ancho por 70 de alto, con estos hermosos caracteres augusteos, de 38 milímetros los mayores y de 42 los menores:

TO CANANIO  
ARCELLIANO  
ANN. XXVII  
NANIVSMONTANVS  
BIA MARCELLA  
DOMINO PISSIMO  
F C

—Léalos V., Padre Fita, y complete el principio de los renglones.—Bien sabe V., que no es cosa difícil, señor Secretario. Dicen así: (*Tito Cananio* (*Marcelliano*, *ann(orum)* XVII, (*Ca*)*naniu* *Montansus* Na?)*-bia* *Marcella* *domino piissimo* (*faciendum*) (*curavere*). «Cananio Montano y Nabia Marcela cuidaron de erigir este monumento á su amo piadosísimo Tito Cananio Marceliano, arrebatado á la vida á los diez y siete años de su edad.» Véase por donde trabajamos conocimiento con un jóven de hace diez y nueve siglos, ilustre, pues lleva tres nombres, distintivo de las clases elevadas (*tria nomina nobiliorum*), céltico el principal de los tres. El cual responde y equivale precisamente al que nosotros llamamos apellido de familia. Sabemos, por lo tanto, que allí hubo la de los *Cananios*, rama quizá de los *Canaunos* que figuran en moneda batida por los de Auvernia en la Galia (2). Se encuentra la raíz de semejante voz en el welsh *cenaw* (cachorro), semejante al latín *catulus* (3); y

(1) *España Sagrada*, xxii, 26.

(2) *Dictionnaire archéologique de la Gaule*; París, 1867.

(3) De la misma raíz provinieron en welsh los nombres propios *Canau*, *Cenau*, *Gwingenau*, etc.



no de otra manera se apellidó Constantinus Aurelius Conanus el primero de los reyes de Devón que conoce la historia, señor del país fronterizo á la Bretaña francesa al otro lado del canal de la Mancha (1). También la piedra con cuyo calco nos obsequia V., es la primera entre las gallegas de época romana, que ofrece el título de *dominus* en contraposición al de *servus*. De los siervos, que pusieron la memoria de Cananio, marido y mujer, el varón llevaba el nombre de su señor con un apellido latino; la mujer tomó sobrenombre del de su amo, y debía tener nombre céltico: yo, habiendo de suplir solas dos letras, imagino el de *Nabia*, análogo al de *Navio* en Iria. El corazón ú hoja acorazonada, entre la voz *años* y el número de ellos, indica dolor por tan prematura muerte; y el propio signo entre el nombre y sobrenombre de la dedicante, pudiera hacer sospechar que ésta fué nodriza de Tito Cananio Marceliano.

Corretemos ambos á la mañana siguiente la ciudad; y nuestro mayor empeño fué reconocer la inscripción inédita que, tomada del códice manuscrito de D. Francisco de La Cueva, por bazaría del Doctor D. Manuel García Maceira, insertamos en nuestro capítulo IV. Resulta ser idéntica al original la copia de La Cueva, pues la confrontamos con el mismo libro á la vista; medimos el sillar y los caracteres; nos convencimos de haber sido abierto el letrero en la edad augustea; y cuando nos aprestábamos á obtener calco, para que se grabara después, he aquí se presenta el dueño de la casa, reprende al inquilino que atento y benévolo nos había franqueado la entrada, y se muestra muy cuidadoso de celar á los ojos de las personas entendidas aquella piedra de que él no entendía una palabra. Ni mostrándole nosotros en el manuscrito de La Cueva exactamente copiado el epígrafe, y teniendo ya de nuestra propia mano reproducido también, comprendió que semejante calco ni henchía ni vaciaba: el pobre hombre, con sus humos de indiano, puso veto absoluto y redondo, y en tal hora no se habría cambiado por el mismo emperador de la China.

Volvimos á palacio. ¿Y qué saca V., Padre Fita, de esas letras colosales?, preguntó el Sr. Carrascosa.—Es muy verosímil que hayan de leerse: *Caepol...? conu Ti(berii) Claudi(i) [liberto] Chobra(mara) Aurea [posuit]*. «Á Caepol..... cono, liberto de Tiberio Claudio César, erigió este monumento Cobrámara, Aurea.» El Museo de Pesth, en Hungría, posee una inscripción, donde vemos el nombre céltico femenino *Cobrómara* (2).

—Pues aquí tiene V., Padre, el calco del ara dedicada á Marte, que no logró V. examinar en la calle del arrabal de San Bartolomé.—Perfectamente se lee:

MARTICA  
CARIOCECO  
HISPANI  
VSIRONIO  
EX VOTO  
SACRYM

Ahora advierto ser *Carioceco*, y no *Cailoceco*, según copió La Cueva, el epíteto galaico del número. Y comparándole con el de *Corotiaco*, atribuido á Marte en otra piedra hallada, el año 1867, junto á Martlesham en el condado de Suffolk, y que posee ahora el Museo Británico (3), se viene á observar entre *Carioceco* y *Corotiaco*, una diferencia de vocales ó de pronunciación parecida á la que ha hecho ya notar el Sr. Saco de Arce entre los dialectos gallegos del Norte y del Mediodía (4). Ambos vocablos subsisten aún en el bretón *karadec* y *karadoc* (amigo muy favorable), y en el welsh ó lengua del país de Gales, *caradawg*, que en las inscripciones galas de la época romana se escribe *caratucus*: sonido y signi-

ficación semejantes al *queriduco* de alguna de nuestras provincias del Norte. En fin la piedra de Tuy se ha de entender así á juicio mío: «Sagrario á Marte Carioceco. Púsole Hispanio Ironión en debido cumplimiento de un voto.»

Despedímonos favorecidos y favorecedores cordialísimamente. Cruzamos el Miño en busca del Guadiana; y sin ocurrir novedad, que merezca referirse, nos hallamos el martes á las diez y media del día en la estación de Badajoz. Notificáronos que hasta que llegase el tren correo de Lisboa, teníamos que esperar allí, doce horas nada menos. Afortunadamente nos aguardaba con un coche el canónigo de aquella santa iglesia Dr. D. Antonio de Zafra y Cantero, andaluz de la provincia de Córdoba, gran predicador, muy literato, franco, entusiasta, y amigo del segundo de nosotros desde el abril de la vida. No hay que decir cómo nos trataría en su casa. Fué su primer pregunta: «¿Qué buenas nuevas nos dan Vds. de Santiago?; pero no es menester que me respondan, porque ya las adivino en su semblante.» Detuvimosnos largo tiempo en la Catedral, y en el encumbrado Castillo Viejo; y rendidos, nos sentamos á descansar en la plataforma de antigua y almenada torre. Iba de vencida la tarde, embotaba sus rayos el sol entre nubes de oro, y el aire corría dulcemente. Á nuestros pies, la ciudad, ceñida al Septentrión y al Ocasopor el Guadiana; é inmensos campos, desnudos ya de verdura. El Dr. Zafra nos mostraba desde allí los edificios más notables, el Seminario, el antiguo colegio de Jesuitas, el Hospital y el Hospicio, y otros monumentos de la piedad y caridad de prelados insignes. Cerca del sitio que ocupábamos, nos hizo reparar en el torreón de Espantaperros, sobre cuya campana ha disertado nuestro ilustre colega el académico Sr. Bartrán con novedad y tino.—Fíjense Vds., hacia el Sur, un poco más abajo de la Catedral, á la derecha, en el edificio de la Diputación Provincial, que en lo antiguo fué convento de Religiosas Agustinas, fundado por el virtuoso prelado Sr. Marín del Rodezno (1680-1706). En un salón de la planta baja se hallan instalados la Comisión de Monumentos y el Museo Arqueológico. Duéleme que Vds. por venir tan de prisa, no puedan examinar en él las tres estatuas togadas, y descabezadas, cojas y mancadas, obra de atrevido cincel romano, descubiertas en Medina de las Torres, año de 1849, y veinte después traídas á este Museo. Tienen las dos mayores un metro y ochenta centímetros de alto, y la tercera un solo metro. ¡Y cuánto siento que no vean Vds. la espada falcada, cuya argentea empuñadura es un arrogante caballo marino mordiéndose la cola, trabajo del más exquisito gusto y ejecución; ni una bellísima espuela; ni otra espada corta y un puñal, ambos con puño de igual metal y labrados á maravilla! Dudo si se encontraron en Reina ó en Llerena. Pero de todo ello entregaré á Vds. y para Vds. fotografías, que suplirán muy bien á los originales (1). Poseemos un razonable monetario, con cien medallas autónomas españolas, tres visigóticas y algunas árabes, contándose entre las primeras las rarísimas de *Salacia*, *Arza*, *Turriregina* y *Vesci*, cuyas ruinas en el Laderón de Doña Mencía, tienen para mí y para Aureliano gratísimos recuerdos. Conservamos un vaso de gusto helénico, primorosamente cincelado, con incrustaciones, que representa la vendimia, y se halló en el despoblado de Valera la Vieja, donde fué *Nertobriga*. Dos inscripciones únicas se guardan en el Museo; y de ellas ofreceré á Vds. muy desaliñada copia mía.

Siguióse largo rato de silencio, todos espaciando la vista en aquellas perspectivas. Pero como el Doctor no la apartase del templo Catedral, y le preguntáramos la causa, «Jamás, señores, lo puedo contemplar desde aquí, sin que se me represente al punto en la imaginación el 10 de abril de 1289.—Por la lucha de los Portugaleses y Bejaranos, lo dirás.—Por esa digo; y voy á contarla, tal como aquí se refiere. Los Portugaleses apropiáronse ciertas dehesas que pertenecían á los Bejaranos. Acuden éstos al rey Sancho el Bravo, ó el Pravo, como se le dijo primero; y obtuvieron repetidas provisiones para ser restituidos. Pero, como no se cumpliesen, por ser Portugués Don Alfonso Godínez favorito del monarca, y el Rey contestase á los Bejaranos que á ellos les tocaba hacerlas valer, los Bejaranos, cuando alboreaba el día de la Pascua, 10 de abril, acometen en sus casas á los Portugaleses, apellidando libertad, aclaman por rey á

D. Alfonso el de la Cerda, y aquellas dos numerosas y prepotentes familias convierten la ciudad en horrible campo de batalla. Acércase la hora de la misa mayor, y ni canónigos ni servidores de la iglesia, nadie, se atreve á dirigirse al templo. Un santo y anciano sacerdote no puede llevar en paz que deje de celebrarse el oficio divino; penetra en la catedral, acompañado de un fiel paje, hace abrir las puertas, repicar las campanas, se reviste, sube al altar mayor, espera largo rato; pero la iglesia está vacía: ni un alma, excepto el preste y su monaguillo, atravesó los umbrales. Por fuera asordan el espacio gritos de venganza y enojo, maldiciones y blasfemias, y el incensante golpear de las armas. Comienza la misa; y en la plegaria que sigue al introito, pide con veheméntísima caridad el celebrante que, al renovarse en tan glorioso día el sacrificio del Unigénito de Dios nuestro Redentor y Maestro, no falte devoto pueblo que lo presencie y ensalce y glorifique. Vuélvese para la salutación de rúbrica; y párase inmóvil y absorto al contemplar llena toda la iglesia de inmenso y devotísimo concurso. Renueva la salutación al principiar el ofertorio, y entre los asistentes ve infinitas damas con riquísimos brocados, próceres y magnates con garnachas y preciadas lobs, guerreros ilustres de acerina malla cubiertos, caballeros en cuyos mantos resplandecía la verde cruz de Alcántara, dos ó tres monjes que ceñían mitra episcopal, y algún prelado á quien el mismo celebrante cerró los ojos en el lecho de muerte. Entonces conoció que los muertos se habían levantado de sus sepulturas para asistir á la santa misa; y en los mementos pidió con ardorosas lágrimas por los vivos y los difuntos. Pero al volverse y decir *Ite, missa est*, aquel inmenso pueblo de ultratumba desapareció como por ensalmo; y al inclinarse sobre el altar el sacerdote la cabeza y pedir á la Trinidad Santísima que admitiese el tributo de su fiel servidumbre, espiró en aquel punto, quedando yerto cadáver. No debía permanecer ya entre los vivos, quien se había ofrecido de esta manera en sacrificio con la hostia inmaculada para aplacar la justa ira del cielo.

Degollaron en la refriega los Bejaranos á muchos Portugaleses, y expulsaron de la ciudad á los demás, haciéndose dueños de ella. Cercada por los Maestres de las Órdenes, alzanse en la Muela de encima de este Castillo, varios vecinos, traen pleito con los que le defendían, y lo entregan al Rey. Sancho IV manda matar á todos los del linaje de Bejaranos; y (según afirma la Crónica del monarca) son luego pasados á cuchillo cuatro mil y más, hombres y mujeres. Aquel día, que fué el de la Ascensión, 19 de mayo, el cielo se envolvió en cárdena y sofocante nube, no se abrieron las puertas ni sonaron las campanas de templo ninguno; y los lucillos y estatuas sepulcrales de dos generaciones de fieles difuntos desaparecieron, cual si tales simulacros y memorias hubiesen huído con horror de una ciudad empapada en sangre fratricida.»

Extremado gusto nos dió la leyenda, y la mucha discreción de quien la refería. Vinose la noche, volvimos á la casa del doctor andaluz; y en la cena, á que concurrieron algún canónigo, algún jefe militar y tal cual amigo del anfitrión, dirigió éste á uno de nosotros la siguiente pregunta:

—Por supuesto, Aureliano mío, que en tus *Discursos geográfico-históricos*, próximos á ver la luz pública, según se dice, arraigarás en la moderna Badajoz la antigua *Pax Augusta*, silla episcopal lusitana, á quien hace famosa una serie de obispos insignes, desde Apringio en 531, hasta Isidoro en 754, mal llamado Isidoro de Beja por los que le debieran decir de Badajoz.

—Nada menos que eso, mi buen Antonio. En los *Discursos* que dices, en mi libro de *Omar ben Hafson* y en mi *Vocabulario geográfico de Las Antigas de D. Alfonso X*, sigo opinión contraria. La tuya se autoriza, sin embargo, por adalides tan pujantes como Ambrosio de Morales, el P. Román de La Higuera, Rodrigo d'Osma Delgado, Gil González d'Avila, el clarísimo Fr. Enrique Flórez y Don Pedro Rodríguez Campomanes. Pero, *amicus Plato*, *sed magis amica Veritas*. Has llamado exactísimamente silla episcopal *lusitana* la de *Pax Augusta*. Pues fíjase bien en que el área donde se alza Badajoz, nunca perteneció á la *Lusitania*, sino á la *Bética*. Desde Lobón y Talavera la Real hasta Ayamonte, siempre fué de la provincia Bética la orilla izquierda del Guadiana; bien que río arriba, desde Lobón, Tor-

(1) Gildas el Sabio, *De excidio Britanniae*, lib. II, cap. 2. Floreció este autor britano á mediados del siglo VI. Aludiendo á la significación que tenía el nombre céltico de aquel rey, dice: «Quid tu, catule leonine, Aureli Conane, agis?»

(2) *Ephemeris epigraphica*, II, 375.

(3) Hübner, *Corpus inscriptionum latinarum*, VII, 93 a.

(4) *Gramática gallega*; Lugo, 1868; p. 232.

(1) Véase el grabado.



remejía, Alhange, Valdetorres, Guardia, Campanario y Puebla de Alcocer hasta la de Don Rodrigo, ambas orillas fuesen lusitanas y del convento jurídico Emeritense.

La silla episcopal lusitana de *Pax Julia Augusta* no se puede arrancar de Beja, afianzada allí por ser lusitano el territorio; por el testimonio de Estrabón; por mostrar piedras geográficas, indubitables, que la denominan COL · PAX · IVLIA; y porque, sin confinar con Mérida en sitio alguno, estuvo enclavada entre los obispados de Ébora, Lisboa (*Ulisippo*), Faro (*Ossónoba*) y Niebla (*Ilipula* ó *Elepla*), cuyos linderos y pueblos limítrofes de una con otra diócesis, evidencia el libro de Ithacio (1).

El sitio inhiesto de Badajoz, donde el Guadiana, que caminaba de Oriente á Ocaso vuelve casi repentinamente al Mediodía, perteneció en edad muy alongada á los Turdetanos, frontezos de los Lusitanos y Celtas; luego permaneció adscripto al convento jurídico ó chancillería de *Hispal* (Sevilla), en el ángulo mismo donde aquél tocaba con los conventos de *Pax Julia* (Beja) y *Emérta Augusta* (Mérida); y organizadas las diócesis episcopales durante los primeros siglos del Cristianismo, correspondió al obispado de *Itálica*, en el mismo extremo donde se juntaban las jurisdicciones episcopales de *Emérta*, *Ébora* ó *Ilipula* ó *Elepla* (2).

En Badajoz se han descubierto rastros de edificios romanos, una lápida dedicatoria á Júpiter, y ocho sepulcrales; ninguna que muestre el antiquísimo nombre de la ciudad. Hubo de ser, en mi opinión, muy semejante al que ostenta hace ya diez siglos, aun cuando variado en muchas formas curiosas. Las que han llegado á mi noticia son veinte y

tres (1). Los árabes llaman constantemente á la ciudad *Batalioz*; y con muy poca diferencia, el Silense, la crónica de Alfonso VII y el cronicón de Coímbra la dicen *Badalioz*; pero en el siglo XIII hallo nada menos que diez maneras diferentes para

nombrarla, empleando cuatro formas el rey D. Alfonso X en las *Cantigas*.

He aquí ahora, Antonio, lo que sabemos de tan famosa ciudad extremeña y plaza de armas, á siete kilómetros de la frontera de Portugal, sirviéndonos

de guía monumentos y documentos seguros. Habían quedado reducidos estos lugares á solo una alquería denominada *Batalioz*, cuando el rey de Córdoba Mahómmad I permitió al inquieto muladí Abderrahmán ben Meruán que pudiera vivir en ella, después de haberle vencido por dos veces rebelde en Mérida y en Alhange. Fiaba el Muladí en la amistad y eficaz protección del rey D. Alfonso III el Magno; y así los cordobeses le decían por mote «*El Gallego*,» esto es, vendido al rey de Galicia. Tres años vivió aquí, al parecer entre gañanes y pastores, cuando en el de 876 por industria y disposición muy secretas, el área antigua del que decís Castillo Viejo, de 467 varas, N. O.—S. E., y 267, S. O.—N. E., á deshora surgió convertida en fortísima alcaza. Pronto fué agrupándose en torno de ella activo pueblo, confiado en el brioso adalid, y floreció hermosa ciudad á quien Abderrahmán el Gallego hizo capital de un nuevo estado y señorío: quiso fundar con girones de la Lusitania, Céltica y Turdetania un reino independiente, y dió harito que hacer á los emires de Córdoba. Éstos, en 868, habían desmantelado y enflaquecido á Mérida, y extinguido en ella la sede arzobispal resueltos á concluir de una vez con las frecuentes rebeliones fomentadas por los cristianos. Ben Meruán, discreto y sagaz político, supo erigir inmediatamente en Badajoz un obispado mozárabe, y mostrarse cuidadoso de que no estuviera huérfana por allí la cristiana grey. Julio firma obispo de *Badaliauza* el año de 932, en un diploma de la iglesia Compustelana; y Daniel, obispo íntegro, puro é inflexible ante el capricho de los tiranos, rindió la vida, herido inopinadamente por un bodoque de ballesta, el año 1000. Faltan noticias de los demás preladados mozárabes

Al comenzar el siglo que terminaba entonces, había puesto empeño el rey de León D. Ordoño II en humillar la altivez del califa Abderrahmán III el Magnífico, entrando á sangre y fuego por Extremadura, y haciéndose dueño de Badajoz; dentro de cuyos muros recibe al arráz de Mérida, que le

## ARTE CRISTIANO.



LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

(Cuadro del Ticiano).

(1) *Pax Julia* tenía en la frontera con *Ébora* y al E., la pila bautismal de *Petra* (Pedroños, N. E. de Serpa); al N., la de *Balagar* (Baleigal) y la de *Parata* (Alvergaria dos Poços, S. E. de Alvitto); al N. O. confinaba con *Ébora*, Lisboa y Faro, en *Olla* (Porto Carvalho); con Faro, solo, partía lindes al S. O., en *Croca* (Ourique), *Sala* (Serra, en la de Monchique); y al S., en *Turris* (Santa Catalina de la Torre, hacia el nacimiento del río de Tavira); y con Faro y Niebla, cerca de *Marabal*, hoy Villareal de San Antonio, en la desembocadura del Guadiana.

(2) La linde de *Elepla* con *Itálica* arrancaba en el Guadiana, poco más abajo de Badajoz, siguiendo por Torrecilla, la Albuhera, Salvatierra, por el occidente de Jerez de los Caballeros y de Valera la Vieja, etc., *Itálica* y *Emérta* llevaban los mismos linderos que la Bética y la Lusitania.

(\*) En el siglo IX, *Batalioz*; en el X, *Badalioz*; *Badaliauza*; en el XI, *Badalojo*; en el XII, *Badalocio*, *Badejioz*, *Badalouzi*, *Badalloutio*; en el XIII, *Badalioz*, *Balladozo*, *Badallioz*, *Badalloz*, *Badajo*, *Badalhosue*, *Badallouz*, *Badallouze*, *Badallouzi*, *Badallouço*, *Pax*; en el XVI, *Vadalhoue*, por los portugueses Barros y Barrevios; y en el XIX, *Bathliós*, *Bathliós* y *Batalyús*, por Gayangos (*Mohamm. Dynart.*, I, 69, 369, 370).



demanda paz y le ofrece pleito homenaje (917).

A la caída de los Humeyas y ruina del califato andaluz, desde 1030, tocó á Badajoz la preeminencia de espléndida corte de los Beni Alaftas enseñoreados del Algarbe. Imperando esta dinastía y contra toda el África, á 23 de octubre de 1086, dió y perdió Alfonso VI el conquistador de Toledo, la inolvidable batalla, que se nombró de *Zagalla ó Zalaca*, de *Badajoz ó Badalozio*, cuatro leguas al norte de esta ciudad, en lo que es hoy dehesa de Azagala, y entonces castillo de *Sacralias*, sobre la margen derecha del Bótoa.

Arrebataron á los Beni Alaftas el reino de Badajoz en 1094 los Almoravides; contra el rey Texufín estragaron una vez y otra esta tierra los valientes Salamanquinos (1134-1138); cuando el levantamiento del Argarbe contra los Almoravides, y en un tumulto popular, cayó traidoramente asesinado en Badajoz el caudillo Obeidalah de Mérida, un domingo 11 de marzo de 1145; y lo mismo en la aljama badajocense, por causa de religión, el alfaquí Hafia Albecrí, el día que perdieron la ciudad los cristianos peleando con Abdelmumen, un jueves 30 de marzo de 1161. Dióseles sepultura en la alcazaba, y en la propia aljama quizá; y sus lápidas sepulcrales bien sabes cómo se descubrieron, á fines de 1876, en las obras del hospital militar, extremo sur del Castillo Viejo, y cuán exacta y bellamente las tradujo nuestro amigo y tres veces académico don Eduardo Saavedra, maestro en toda clase de estudios y sin rival en la Epigrafía arábigo-española. Por último, en Badajoz y en 1169 pelearon los reyes de León y Portugal, y fué vencido y hecho prisionero el portugués don Alfonso I por nuestro valeroso D. Fernando II. Salamanquinos, Leoneses y Portugueses, ya lo vemos, corrían en algaradas continuas estos dilatados campos del Guadiana, y más de una vez entraron en la ciudad para abandonarla en seguida.

Al fin, el anciano príncipe leonés D. Alfonso IX libertó del yugo musulmán las ciudades de Mérida y *Badajoz*, año de 1230, engastándolas para siempre en la corona de Castilla. Dióse la mitra de Badajoz á Fray Pedro; el cual durante 25 años estuvo llamándose Obispo de *Badallioz*, hasta que en el de 1255 vino á firmarse *Petrus primus Episcopus Pacensis*: arbitrio ingenioso para contrastar el espíritu invasor y la prepotencia y pujanza de las Órdenes militares.

No cuenta pues, Antonio mío, con otro, ni más antiguo fundamento quien atribuya á esta ciudad el título de *Pacense*.

FIDEL FITA.—AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.  
(Se concluirá).

## EL MULATO DE MURILLO.

(Conclusion).

V.

No bien se encontró solo Sebastian, cuando lanzó un grito de alegría; pero, como si se hubiese olvidado de sí mismo, dijo para sí con pena: «Veinte latigazos si no confieso la verdad; treinta si mañana no hay nuevas figuras en los lienzos; y veinte si no se encuentra al culpable.» ¡Pobre esclavo! ¿Qué has de hacer con tantos desatinos? Pero ¡qué sueño tengo! dijo bostezando. Pediré á Dios; y ¡quién sabe! Acaso me inspire algún medio de salir de mi atolladero.

Sebastian se puso de rodillas sobre el jergon que le servía de cama; pero como estaba fatigado por el cansancio del día, el sueño le sorprendió en medio de su oración, y quedándose reclinado sobre uno de los pilares de mármol que sostenían el edificio, no despertó hasta que los débiles rayos de la aurora iluminaron el salon. El reloj de Capuchinos daba las tres y media cuando Sebastian abrió con dificultad los ojos.

—Vamos, perezoso, levántate, se dijo á sí mismo; tres horas tienes aún para tí, tres horas que puedes llamar tuyas; tres horas durante las cuales eres amo de tí mismo; haz buen uso de ellas, pobre esclavo.

Bastante tiempo tienes, cuando los demas se despierten, para volver á tomar la cadena y sentir su tormento. ¡Valor! En tres horas puedes hacer lo que quieras, aunque es poco tiempo.

Despierto ya el muchacho, se acercó al caballete de Villavicencio.

—En primer lugar, dijo, es preciso borrar todas estas figuras.

## RECUERDOS DE UN VIAJE.—ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA.



ESTATUA TCGADA HALLADA EN MEDINA DE LAS TORRES.



ARMAS Y ESPUELA ROMANAS DE ARTE ESPAÑOL.

Tomó en seguida una brocha mojada en aceite, y descubrió la cabeza de la Virgen, que débilmente iluminada por los primeros rayos de la aurora, parecía aún más suave y delicada.

¿La borraré? No se han atrevido ellos á hacerlo, á pesar de todos sus insultos, ¿y tendré yo valor para ello? De ningún modo: ántes mil veces consentiré que me apaleen: ántes morir, si es preciso; pero no la he de borrar. Esta cabeza está viva.... respira.... habla. Si la borro, acaso derramaría sangre, y yo sería como un asesino. De ningún modo; voy más bien á concluir la.

Al acabar estas palabras, toma la paleta, donde había diferentes colores mezclados, y se pone á trabajar.

—Si la he de borrar, tiempo tengo de hacerlo ántes que el maestro despierte, ó que los discípulos vengan, dijo para sí. Sus cabellos no flotan con bastante gracia; aquí hay algo de dureza; allí falta una pincelada. Es preciso sombrear por esta parte; esta línea está muy pronunciada; aquello la hace aparecer de mucha edad; la Virgen debía estar en oración y sus labios deben estar algo separados: así.... bien.... ya basta. Pero ¿estoy soñando? ¡Tiene fijos en mí los ojos! ¡Ah! me parece que oigo un suspiro bajo el velo que cae sobre sus hombros. ¡Oh! ¡Qué hermosa es!

VI.

Durante este tiempo había salido el sol, y sus rayos, penetrando por las ventanas del salon, alumbraban con todo el lleno de su luz; pero Sebastian, abstraído en su trabajo, no lo advirtió. Todo lo olvidó, tanto lo avanzado de la hora, como su dura esclavitud y los veinte latigazos que le esperaban. Entusiasmado por el arte (porque su genio se había desarrollado maravillosamente durante su estancia en casa de Murillo), el joven artista no veía más que la cara de la Virgen María, con su sonrisa llena de amor y de bondad. Ya no era esclavo, sino que era libre. No había esclavos en el refulgente mundo adonde él se había levantado. Oyéronse de repente algunos pasos, y el eco de voces muy conocidas deshizo la ilusión y le trajo de nuevo á la tierra para volver á ser esclavo.

Sebastian, sin volver la cabeza para mirarlos, conoció que Murillo y sus discípulos estaban detras de él. Sorprendido y confuso, no pensó ni en disculparse ni en irse; pero en aquel momento hubiera deseado que el piso del salon se hundiese para tragarlo. Su deseo era inútil; y el pobre esclavo, con la paleta en una mano y el pincel en la otra, no se atrevía á mover la cabeza, y esperaba con mortal ansiedad el castigo con que se le había amenazado.

De una y otra parte hubo entonces un intervalo de silencio; porque Sebastian estaba petrificado al verse cogido *in fraganti*; y Murillo y sus discípulos no estaban menos admirados de lo que veían. Los jóvenes, con la inquietud propia de su edad, anhelaban mostrar su admiración; pero un ademán del maestro les hizo guardar silencio. Acercóse aquél con gravedad al esclavo, y ocultando bajo un interior frío y severo la emoción que todo verdadero artista debe experimentar en presencia de un genio á quien descubre por vez primera, le dijo:

—Sebastian, ¿quién es tu maestro?

—Vos, señor, contestó temblando.

—¡Cómo! Muchacho; yo nunca te he dado lección, replicó Murillo admirado.

—No, mi amo, pero las dais á los otros, y yo me he aprovechado de ellas, replicó Sebastian, animado con el aire de dulzura con que el maestro acababa de hablarle.

—Y tú las has tomado! repitió Murillo.

—Como no me lo habeis prohibido, dijo Sebastian, no creía yo que esto fuese mal hecho.

Lleno de gozo Murillo, le respondió con viveza:

—Por Santiago, el patron de España, que tú has aprovechado de mis lecciones más que ninguno de mis discípulos. ¿Y qué, añadió después de una pausa, trabajas tú de noche?

—No, mi amo, de día.

—¿A qué hora, si mis discípulos vienen á las seis? Trabajo desde las tres á las cinco, mi amo. A esa hora he dormido ya bastante, y estoy listo.

Murillo se sonrió lleno de contento, y añadió:

—¿Acaso has olvidado lo que te prometí ayer?

El infeliz esclavo palideció y se puso á temblar, como si estuviera ya sintiendo el látigo en su cuerpo.

—¡Ah! Sr. Murillo, exclamaron con tono de súplica los discípulos, perdónese Vd. á Sebastian.

—¡Ah! señores, replicó Murillo; aquí hay que hacer algo más que perdonar; este muchacho no merece perdon: lo que merece es una gran recompensa.



—¡Una recompensa! repitió Sebastian, que no podía tenerse sobre sus piernas, y echaba á su amo una tímida mirada.

—Sí, Sebastian, una gran recompensa, replicó Murillo con suma bondad. Cuando pienso en todas las dificultades con que has tenido que luchar ántes de hacer una cabeza como esa de la Virgen, ó cualquiera otra de las que he visto en los cuadros; cuando considero las muchas horas que te has privado del sueño, que te era tan necesario; cuando reflexiono que has dejado de dormir para poder trabajar sin que te descubriesen, y áun sin despertar la menor sospecha; cuando veo cómo has atendido á mis lecciones, tu memoria para retenerlas y tu aplicacion para ponerlas en práctica, nada hay que yo pudiera negarte en recompensa. Dime, pues, ¿qué es lo que quieres?

## VII.

No sabía Sebastian si lo que le estaba pasando era una realidad ó un sueño. Lleno de asombro, miraba al semblante bondadoso de su amo y la afable sonrisa de los discípulos, y apenas podía creer que palabras tan benévolas fuesen dirigidas á él, infeliz esclavo, ni que nada de cuanto tenía relacion con él pudiese complacer tanto á los demas.

—Ten ánimo, Sebastian, le dijo al oído Villavicencio; el maestro está contento contigo. Pide lo que quieras. ¿Quieres un ducado nuevecito?

—¡Uno! exclamó Osorio: ¡lo ménos diez!

—¡Veinte! dijo Gaspar. Conozco á mi padre, y positivamente está dispuesto á darte veinte.

—Tú eres muy generoso con mi bolsillo, hijo mío; mas no te dejaré por embustero, ni á Vds., señores, añadió Murillo sonriéndose de muy buen humor. Vamos, Sebastian, continuó el grande artista mirando con atencion el rostro del esclavo, en el que, al parecer, las palabras de los discípulos no habían producido la más leve impresion. Todos responden ménos tú, que es á quien yo pregunto. Dime: ¿no es bastante la recompensa que estos te indican? Habla, pues. Estoy muy satisfecho de tus trabajos, de la concepcion del plan, de esos toques suaves y delicados, del colorido, y, en fin, de toda la cabeza. El dibujo podía ser algo más correcto; pero la expresion es tan amorosa y tan divina, que te daré por ella cuanto me pidas, ó á lo ménos cuanto yo pueda.

—¡Ah! ¡mi amo, mi amo! ¡no me atrevo! Y juntando Sebastian las manos, las alzó como para suplicarle, mientras en los labios abiertos y trémulos del muchacho parecía que las palabras se formaban y se borran de repente; y en sus ojos, arrebatados por momentos; y en sus venas, hinchadas y á punto de romperse; y por último, en aquella cabeza, que llevaba impresa la huella del genio, se notaba un deseo que sólo la timidez le impedía manifestar.

—¿Estás tonto? le dijo entonces Gaspar; ¿por qué no hablas claramente, cuando mi padre te lo dice?

—Habla, le dijo otro: pide dinero.....

—No, mejor es que pidas buenos vestidos, Sebastian; tú eres alto, esbelto y bien formado, y te sentarán bien.

—Me parece, señores, que adivino lo que quiere, dijo Villavicencio; me parece que sé lo que Sebastian prefiere; desea ser admitido en el número de los discípulos del Sr. Murillo.....

En el semblante del jóven mulato brilló por un momento la alegría.

—Si es así, dilo, repuso Murillo con la mayor bondad.

—Y pide un sitio donde tengas buena luz, dijo Gonzalez, cuyo caballete estaba mal situado, porque era el discípulo más moderno.

—¿Es esto lo que quieres? preguntó Murillo.

El infeliz Sebastian, constantemente estrechado, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Cómo que no! repuso Murillo algo sorprendido.

—Sebastian, le dijo Gaspar, hoy es uno de los días buenos de mi padre; puedes pedir lo que quieras: pide la libertad.

Lanzando un grito en que la alegría y la ansiedad estaban mezcladas de un modo extraño y sorprendente, se arrojó en aquel instante Sebastian á los pies de Murillo.

—¡La libertad para mi padre! ¡para mi padre!.....

No pudo continuar, porque las lágrimas sofocaban sus palabras.

—¿Y no deseas tu propia libertad? le preguntó Murillo.

Sebastian bajó la cabeza, dando un suspiro.

—Ante todo, señor, dijo, la libertad para mi padre.

—Sí, hijo mío, para él y para tí, contestó Murillo, quien, no pudiendo ya contenerse, se acercó á Sebastian, lo levantó y lo apretó estrechamente contra su corazón.

Durante esta tiernísima escena se oían grandes sollozos en un extremo del salon, y todos miraron hacia allí: era el viejo, que estaba llorando á lágrima viva.

—Ya eres libre, Gomez, le dijo Murillo dándole la mano.

—¡Libre, para servirlos toda mi vida, señor! contestó Gomez, arrodillándose delante de él.

—¡Ah! ¡mi amo, mi buen amo! Esto fué cuanto le permitió decir á Sebastian la profunda emocion que sentía.

—Sebastian, le dijo Murillo volviéndose hacia él: tus pinceles han mostrado que tienes genio; tu súplica que tienes corazón, y este conjunto forma el artista. Desde hoy te admito en el número de mis discípulos.

—¡Discípulo vuestro! de ningún modo; esto es ya demasiado, contestó Sebastian. ¡Yo! ¡hijo de un negro, mulato, esclavo, discípulo vuestro!

—Delante de Dios no hay negros, ni mulatos, ni esclavos, replicó Murillo con piadoso fervor. Todos son hombres, y como tales iguales á sus ojos. ¿Por qué han de ser de otro modo á los míos?

—Pero, ¿y estos señores? dijo Sebastian, mirando con timidez á los discípulos.

—Nosotros estaremos contentísimos con que seas nuestro compañero, fué la respuesta unánime de los discípulos.

—Y yo también te miraré como un hermano, añadió Gaspar, estrechando la mano de Sebastian.

—Bien, bien, hijo mío, le dijo Murillo.

Y dirigiéndose al mulato prosiguió:

—Sebastian, mi hijo te ha llamado hermano, y yo debo ser tu padre. ¡Feliz de mí! He hecho más que pinturas: he hecho un pintor; porque tu nombre pasará á la posteridad acompañado con el mío, y tu fama será la corona de mi fama. Por satisfecho me daré si en las edades venideras, cuando los hombres hablen de tí, te llamen el *Mulato de Murillo*.

Y así fué, porque Sebastian Gomez se dió á conocer más por este sobrenombre que por su nombre verdadero. Admitido como discípulo por su maestro, llegó á ser uno de los mejores pintores de que puede vanagloriarse la España.

Muchas casas particulares de Sevilla poseen cuadros de Sebastian Gomez; pero sus obras más escogidas están en las iglesias de esta ciudad, porque casi nunca pintó más que objetos piadosos. El género en que sobresalía, que más le agradaba y con el que al mismo tiempo alimentaba su piedad, era el rostro de la Virgen María, en las diferentes edades de su santa vida. La catedral de Sevilla posee, además de otros, un cuadro de la Virgen con el divino Niño, y otro con un San José, que bastan por sí solos para la gloria de un hombre por todos los siglos venideros.

Gomez sobrevivió pocos años á Murillo, pues se cree que murió en 1689 ó en 1690.

## IGLESIA DE SAN AGUSTIN DE MANILA.

(Conclusion).

Era muy pequeño el número, así de soldados como de religiosos que había en aquellas islas (1), y ocupados unos y otros en la instruccion, enseñanza y organizacion de aquella colonia, no podía pensarse en

(1) No pasaban los religiosos en 1571 del número de 20, y convertían y administraban lo que hoy ocupan 20 provincias, distribuidas en varias islas. El P. Alba tuvo que quedar solo en la isla de Panay, que hoy comprende las tres provincias de Iloilo, Capiz y Antique; el P. Alonso Gimenez tenía á su cargo las islas de Masbate, Samar y Leite, un radio de más de 300 leguas. Véanse los *Apuntes sobre Filipinas*, pág. 72, de los que copiamos gustosos el siguiente párrafo, relativo al estado de las islas en 1576: «Casi todos los Agustinos eran jóvenes cuando se embarcaron para Filipinas, y aquel clima y los trabajos y penalidades que por amor de Dios y á la civilización cristiana se imponían, los devoraron materialmente; y sin embargo, las Misiones de los Agustinos fueron en aumento, porque su celo crecía con los martirios; y por sí solos sostuvieron el Cristianismo en la extensa colonia, habiendo aportado á aquellas islas en siete expediciones 32 religiosos (hasta 1576; después llegaron otros muchos, y hoy día son 2.000 los Agustinos Calzados que han misionado en aquellas islas, y otros tantos Agustinos Recoletos) los que ántes de llegar otras corporaciones habían llevado la luz del

obras grandes, ni monumentales; y aunque comprendían lo mucho que vale para atraer á la fe y conservar en ella á los hombres la magnificencia y el esplendor del culto, dolíales en el alma suspender las tareas apostólicas, si quiera fuera por poco tiempo, viendo el copioso fruto que producían. Ya no eran sólo las Bisayas y las provincias próximas á Manila las que abrazaban el Evangelio, sino que casi de toda Luzon entraban muchos indios en el gremio de la Iglesia católica; y hasta las más remotas se extendía el celo de los Agustinos. Pampanga, Nueva-Ecija, Pangasinan, los dos Ilocos, y la provincia más lejana hacia el Norte, Cagayan, oían y seguían la voz de la fe; esto hacía que los misioneros no pensasen en otra cosa que en la predicacion; por otra parte, ni tiempo les quedaba para emprender obras ni construcciones. Fundaban escuelas, y las dirigían; enseñaban á los indios el modo de cultivar las tierras, hilar el algodón y otras materias, tejer las telas, y, en fin, hacer vestidos para cubrir su desnudez, y edificar casas para resguardarse y defenderse de las inclemencias del tiempo: el religioso era el todo en aquella época (1). Fué necesario que una calamidad (ó providencia del cielo) les obligase á pensar en la construccion de una nueva iglesia.

Hallábase de gobernador de Manila el año de 1593 D. Gonzalo Ronquillo, sobrino del célebre alcalde que ahorcó en Simancas al Obispo de Zamora, señor Acuña, al concluirse las memorables guerras de las *Comunidades de Castilla*; y era aquel señor tan recto en sus juicios, tan amante de la paz y bienestar de los súbditos, que el pueblo de Manila le miraba y quería más como á tierno padre que como superior. Sirvióse el Señor llevarse para sí, á darle el premio de sus buenas obras, y fué enterrado en la iglesia de San Agustín. Los habitantes de la capital, queriendo dar una muy clara prueba del amor que le profesaban, le hicieron solemnísimas exequias en el mencionado templo, á las que asistieron todos con la mayor devocion; y fué tal el número de velas que la piedad de los asistentes puso en el catafalco, que podía decirse se hallaba cuajado de luces, y fué esto causa de que comenzando á derretirse por la proximidad de unas á otras, cayesen algunas sobre el grandioso túmulo, incendiándolo repentinamente y comunicándose al punto el fuego á la iglesia, en poco tiempo quedó reducida á cenizas, sin que hubiera medio de contener el voraz elemento. Del templo pasó á la ciudad, quemándose casi toda con grave peligro de la vida de sus habitantes, que se dieron por

*Evangelio á muchas provincias. Aunque no podían permanecer en una sola por el poco número de religiosos, ya habían recorrido las Bisayas (islas), Cebú, etc., etc., Mindoro, Camarines, la Laguna de Bay, Ilocos, Batangas y las provincias inmediatas á Manila.*

En Ilocos y Cagayan predicaron los Agustinos la Religión ántes que otro alguno. En Ilocos, en 1574, en que Salcedo fundó á Nueva-Segovia, que llamó ciudad Fernandina, y conserva el antiguo nombre *Vigan*. En 1575 fundaron en ella la primera iglesia, que hoy es catedral, y la dedicaron á la Conversion del Apóstol San Pablo, quedando encargado de ella un P. Agustino; y sucesivamente fundaron más pueblos. Hacemos esta digresion por corregir la equivocacion del autor del *Estado de la provincia de San Gregorio de Filipinas*, que dice que los Franciscanos fueron los primeros que predicaron allí en 1584, cuando hacía diez años que los Agustinos evangelizaban aquellas provincias hasta el Norte de Luzon. Con la misma inexactitud afirma que los Franciscanos (que llegaron á Manila en 1577) fueron los primeros que conservaron el Augusto Sacramento del Altar; ignoraba sin duda el bueno del autor que desde 1571 la iglesia de San Agustín, única que había en Manila, sirvió de parroquia aquellos primeros ocho años; que de ella se llevaba el Viático á los enfermos; y en ella comulgaban todos los fieles, y entre ellos varios de los mismos Franciscanos, que no eran sacerdotes, á cuyo frente figuraba el fundador de la provincia, que fué un hermano lego; y como se hospedaron al principio en el convento de San Agustín, en la iglesia del mismo celebraban los sacerdotes, y los hermanos legos recibían el pan de los Angeles, ántes y después de las Misas, según las circunstancias lo permitían.

(1) Respecto del año 1582, dice el juicioso historiador P. Martínez de Zúñiga (*Historia de Filipinas*, pág. 146): «Los Agustinos (además de las provincias que hemos dicho habían pacificado) tenían ministros evangélicos en Pangasinan, en Cagayan y en Mindanao, en las dos provincias de Misamis y Caraga, que son las dos únicas que hasta ahora (1803) están sujetas á los españoles en toda aquella grande isla.» Los Agustinos cedieron aquellas misiones, por no poder administrar tantas islas, á los Jesuitas; y en el siglo pasado se encargaron de ellas los Agustinos Recoletos, que ahora las van cediendo de nuevo á los Jesuitas. Llegaron á formar en Mindanao los Recoletos veinte pueblos; y éstos son los que ahora, con nombre de Misiones, administran los infatigables hijos de San Ignacio de Loyola. Los Agustinos predicaron también en Ternate, hasta que se encargaron de aquella isla los Jesuitas, que en el siglo XVIII trasladaron á la provincia de Cavite todos los fieles ternateños, porque no había otro medio de librarlos de los asaltos de los piratas.



satisfechos con no tener que lamentar desgracias personales.

Sintieron grandemente los religiosos tamaña pérdida, no por el valor de la iglesia, sino por verse en la necesidad de distraer algunos individuos de su ministerio, con algun detrimento ó retraso de la conversión de las islas, objeto de todos sus desvelos; y deseando evitar á toda costa otra desgracia semejante, determinaron construir nueva iglesia y convento de piedra. Pero se oponía al proyecto una dificultad casi insuperable, la de encontrar persona competente para encargarse de la empresa con probabilidad de buen éxito. No había en Filipinas arquitectos, maestros de obras, ni hombres prácticos de tal clase de construcciones, jamás usadas en aquellas tierras.

Soldados animosos y aguerridos, misioneros llenos de celo, de piedad y abnegación, é indios recién convertidos componían aquella floreciente sí, pero nueva colonia.

Mas la Divina Providencia, que á todo atiende, acudió bien pronto con el oportuno remedio.

Llegó por aquel tiempo á Manila otra misión de Agustinos, y entre ellos iba en clase de hermano lego Fr. Antonio de Herrera, cuyo nombre nos recuerda al célebre arquitecto del Escorial, de quien era sobrino ó deudo muy allegado; y ora fuese por haber seguido la misma carrera que su afamado tío, ora por haberle acompañado en las obras que inmortalizaron el nombre de Herrera, poseía con perfección el nobilísimo arte de la arquitectura, y era consumado en todo lo que con él se roza.

Á éste, pues, á quien habían recibido como venido del cielo, dieron el encargo los superiores, no sólo de levantar los planos, sino de dirigir por sí mismo las proyectadas obras. Aceptó la comisión Fr. Antonio, y aunque ponerla en el término deseado fué cosa de no poco tiempo, desempeñó su cometido tan satisfactoriamente, que aún hoy es la admiración y asombro de los inteligentes que visitan la iglesia de San Agustín de Manila, la misma que él ideó y construyó.

No hay en ella ciertamente la grandiosidad de las famosas catedrales, la esbeltez de las agujas y delicadeza de los calados del estilo gótico; pero en cambio ¡qué orden y simetría, qué igualdad en el todo, qué proporción en las partes, qué armonía en el conjunto, y sin faltarle elegancia, qué firmeza y solidez, primera cualidad, y más difícil de conseguir en los edificios de Filipinas! Grande es y majestuosa, aunque algo rebajada, como deben ser todos los edificios en regiones expuestas á frecuentes temblores de tierra, con tres muy hermosas naves. La mayor es clara y espaciosísima, como también el crucero; mas las colaterales están cortadas por las columnas formando tantas capillas como intercolumnios tienen, para hacer de ese modo más sólido el edificio, al que sirven como de estribos. La arquitectura, de orden mixto, presenta en la fachada dos distintos cuerpos, manifestando en el primero el orden jónico puro, que adorna graciosamente la entrada. Mas lo admirable y extraordinario de esta iglesia, es que, no obstante tener bóveda de piedra (única que con la del convento de PP. Agustinos de Guadalupe, obra del mismo arquitecto, en Filipinas la tiene) es también la única que ha desafiado todos los temblores de tierra, tan frecuentes y horriblos en aquel archipiélago. Es la única que, sin embargo de tantas calamidades como han pasado sobre Manila, de las que no se han librado ni aún las humildes casas, no por efecto del espesor de sus muros, que son muy sencillos, ni porque esté sostenida por grandes machones ni estribos, pues carece de ellos, sino por el profundo estudio y grande conocimiento del suelo en que está edificada, por lo bien ideado del plan y mejor ejecución del trazado, se halla en pie y como acabada de construir, después de 300 años, sin haber experimentado otra novedad que la predicha por el arquitecto: que en el primer terremoto se bajarían un poco las llaves de la bóveda; pero que no tendría más desperfectos en los que le siguiesen; predicción confirmada por las historias, y que nosotros mismos hemos visto cumplida. (1)

No haremos mención de los casi anuales temblores de tierra que al comenzar en Abril las lluvias y

al cesar en Setiembre con frecuencia se sienten, y que si bien debilitan y hacen padecer algo á los edificios, rara vez los hacen venir á tierra; pero no podemos menos de referir algunos otros más notables, y que tan tristes recuerdos han dejado en las islas.

El primero que cuenta la historia ocurrió el año 1645. Refiérela así el P. Martínez de Zúñiga, en su precioso *Compendio*: «El día de San Andrés, en que se celebra la victoria que los españoles alcanzaron sobre Limahon, cerca de las ocho de la noche, empezó á moverse la tierra con tal estrépito y con tan violentas agitaciones, que destruyó casi toda la ciudad de Manila. Á excepción de la iglesia y convento de San Agustín, y la iglesia de la Compañía, todos los edificios públicos y particulares, ó se arruinaron ó quedaron tan maltratados, que fué preciso echarlos abajo; quedaron sepultadas entre los escombros más de seiscientos personas; algunas se encontraron vivas entre las ruinas y maderos, y hubo quien se mantuvo allí tres días, al cabo de los cuales le hallaron vivo, después de haberle hecho el oficio de sepultura. A proporción del estrago de Manila fué el de los demás pueblos de las islas. En Cagayan cayó un monte sobre un pueblo, con muerte de todos sus habitantes; en otras partes se hundió la tierra, y en otras brotaban torrentes de arena, que casi oprimían á los hombres y animales. Otras cosas bien raras sucedieron en otras partes en el discurso de setenta días que duraron los temblores.»

No menos horriblos fueron los terremotos que se notaron en Diciembre de 1754.

El volcán de Taal, que se halla en la cumbre de un monte de la provincia de Batangas, rodeado en su mayor parte por la grande laguna de Bombon, tuvo la erupción más espantosa que los anales refieren, y que duró ocho consecutivos días. Después de algunos indicios que apenas hacían congeturar parte de lo que iba á suceder, inflamóse todo el cráter, que tiene media legua de diámetro, con terribilísimo estruendo y tan fuertes sacudidas, que todo el monte se bamboleaba y parecía que se salía de su asiento. Comienzan entonces á arrojar oscuras llamas, y por todos los lados del monte corren largos ríos de encendida lava, cual torrentes de fuego abrasador, que queman y aniquilan cuanto encuentran á su paso. Y precipitándose la mayor parte de ellos en la laguna expresada, hacen que todo el lago hierva á borbotones, exhalando un insufrible olor de azufre; y todos los peces y los horribles cocodrilos (caimanes) que allí se crían, yertos y abrasados, fueron arrojados por las negras olas á la orilla opuesta. Los pueblos de Taal, Salas, Tanauan y Lipa quedaron sepultados bajo un mar de fuego.

Las llamas y cenizas lanzadas por el cráter superior, se elevaban en forma de aterradora columna á incommensurable altura; y esparciéndose éstas por el aire, formaban una negra é inmensa nube que cubría las tres provincias de Batangas, Cavite y Manila, quedando oscurecido el día, según los historiadores, como si fuera media noche; espectáculo fantástico, y que hacían en sumo grado aterrador, horripilante los rayos que cruzaban la atmósfera y los frecuentes y fragorosos truenos y ruidos subterráneos. Seguíanse á estos continuos sacudimientos de tierra, cuyo sordo rumor se percibía desde Mindanao, á trescientas leguas de distancia.

Cuánto padecerían los edificios, inútil es referirlo. Baste decir que Manila quedó arruinada, y sólo las dos iglesias de San Agustín y la Compañía se salvaron del comun naufragio.

Pasemos por alto el memorable temblor de tierra de 1852, en que la famosa iglesia de los Jesuitas, émula de la de San Agustín en la firmeza, no pudo ya resistir más y se vino al suelo; y fijémonos un poco en el de 1863, el más memorable de este siglo.

Acababa de señalar el reloj las seis de la tarde del 3 de Junio del indicado año 1863. El día caluroso en demasía, y el sol, que corría veloz hacia el ocaso, al través de densos vapores y de la nebulosidad propia de las grandes sequías y de los intensos calores, enviaba sus rayos pálidos de rojizo y melancólico aspecto. El bochorno propio de todo un día de los más largos y ardientes del año, penetrando hasta las más recónditas habitaciones, hacía el ambiente pesado y difícil de respirar, produciendo cansancio, languidez, tedio y fatiga, aún en los hombres de complexión más robusta. Los habitantes de Manila, por librarse del malestar que sentían, abandonaban sus moradas;

y quién en lujosa carroza, quién en modesto vehículo, y quién á pie, se dirigían á la playa en busca de la suave y refrigerante brisa del mar. Las calles de la ciudad llenas de gente, parecían otros tantos caudalosos ríos que corrieran en dirección á la bahía y contiguos campos. Los anchos paseos de Santa Lucía y del mar, y campo de Bagumbayan, cubiertos de gente, que en diversas direcciones se paseaba, asemejaban un extenso y frondoso bosque agitado por mansos vientos, en las múltiples, variadas y agradablemente desordenadas ondulaciones.

En la ciudad y arrabales y en los vecinos pueblos, el sonoro, alegre y continuado tañer de las campanas, cuyas voces, meciéndose por los aires, recorrían el espacio, y los frecuentes cohetes y voladores anunciaban la inmediata festividad del *Corpus Christi*, y llamaban á rezar á los eclesiásticos y religiosos, que puntualmente acudían á sus respectivas iglesias; y entre los dulces acordes de la música, y suaves y variadas voces del órgano, entonaban los Maitines del día siguiente, subiendo sus oraciones al Trono del Altísimo, á mezclarse con las melodías de los Ángeles.

En medio de estas ocupaciones, cuando éstos y las personas piadosas, que habían acudido á los templos más fervorosamente rezaban, y aquéllos gozaban con más placer del fresco ambiente del mar, y alegres se divertían, un imprevisto y horroroso fragor subterráneo, y violentas sacudidas de tierra, que la hacían moverse en varias direcciones, y saltar temblorosa, como si quisiera hundirse, sepultando en el abismo á los hombres, dejan á todos atónitos, suspensos é inmóviles como estatuas.

Apénas reportados éstos del estupor que los embargaba, vuelven presurosos los ojos á Manila, y ven con horror que una densa y pajiza nube, cual inmensa llamarada de fuego, cubría la ciudad; y la hermosa Manila, la perla del Oriente, la gloria de la Oceanía, la bella capital de Filipinas ya no existía!..... un montón de escombros la reemplazaba. ¡Triste y sobre toda comparación lúgubre espectáculo!

El desplomarse los edificios, el extridente y melancólico sonar de las campanas al caer de sus torres, el crujir de las maderas y piedras, chocando unas con otras, el derrumbarse las casas, los lastimeros ayes de las víctimas sepultadas en la ruina, los desgarradores gritos de angustia y voces de socorro que por do quier sonaban, eran capaces de rasgar el corazón y helar la sangre en las venas.

Aquí se ve un edificio que arde, allí otro que se desmorona, acá uno destruido del todo, allá otro mostrando sus paredones hendididos y el desnudo y descompuesto maderamen que amenaza á los que se atreven á pisar las calles. Aquí se halla un cadáver, allí se ven miembros cortados; y en todas partes desolación y llanto.

La bella y majestuosa catedral, acabada de construir, se viene al suelo de un golpe, oprimiendo y aplastando á todos los que se hallaban en el coro derecho y á los fieles que habían ido á la iglesia. Los espaciosos templos de Santo Domingo, San Francisco y Agustinos Recoletos, quedan destruidos ó inservibles para el culto. El grandioso Palacio, la esbelta y elegante Aduana, el Cabildo ó Casas Consistoriales, y en resumen, todo lo notable de Manila había desaparecido en el medio minuto que duró el temblor.

Y el monumental templo de San Agustín, ¿se habrá librado del comun naufragio? ¿habrá sobrevivido á tan general catástrofe? No, no es posible resistir á tanto empuje; no pudo sostenerse con tales sacudimientos de tierra.

Esto decían en su interior los que habían presenciado el suceso.

Y muchos por curiosidad se acercan, y al verlo como otros días, no creen á sus mismos ojos. Lo miran, lo contemplan, y vuelven á mirarlo, hasta que por fin se persuaden de que es realidad lo que al principio creían ilusión ó engaño.

Y, en efecto, la iglesia de San Agustín aparece ileña y firme; ni una cornisa desplomada, ni un muro resentido, ni una piedra caída de sus paredes, ni una grieta en toda ella se ha notado. Grande, majestuosa y severa, destaca en medio de tanto escombros.

En estos últimos años la han adornado extraordinariamente con hermosísimos frescos, con un bellísimo pavimento de mosaico de las más preciosas maderas de Filipinas, combinados sus colores con tanto gusto, y tan perfectamente labradas, que se considera con justicia como una joya de inestimable valor, y

(1) Según los partes telegráficos, las torres de la iglesia han venido á tierra en el último terremoto. Estas torres fueron reformadas en 1854 para hermosear la fachada del templo, dándole dos cuerpos más, según se vé en el grabado. ¡Ojalá no hubiera salido del plano primitivo, y acaso no tendríamos que lamentar la reciente desgracia!



llama grandemente la atencion de los inteligentes que la visitan.

Cuantos sepulcros de hombres célebres, por su virtud y valor, desde Legaspi y el beato Pedro de Zúñiga hasta el venerable P. Santiago Alvarez contiene el mencionado templo; cuantos trofeos de las armas españolas ostenta en todas las banderas cogidas á los enemigos de la patria, desde la conquista hasta nuestros días, conservadas en él con exquisito cuidado, y cuantas otras preciosidades encierra, no se pueden describir á tanta distancia, y lo dejamos para otra ocasion más oportuna.

FR. TIRSO LOPEZ, O. S. AUG.

La Vid, 15 de Julio de 1880.

## A MI HERMANA E.

Todo en la tierra es mentira;  
los placeres ilusion,  
sombra la humana razon,  
cenizas cuanto se mira;  
y el hombre débil suspira  
por aferrarse á este suelo,  
sin recordar, en su anhelo,  
que Dios en su amor profundo  
nos dió la vida del mundo  
para alcanzar la del cielo.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

## LOS GRABADOS.

*Hañañas del moderno vandalismo: PORTADA DE LA IGLESIA DE LA EX-CARTUJA «Vall de Cristi,»* pág. 41.

Entre los innumerables monumentos demolidos por el vandalismo moderno, no era de los menos estimables la Cartuja de *Vall de Cristi*, situada en la provincia de Castellon de la Plana, no lejos de Segorbe. Fué fundado este monasterio por el infante D. Martin, hijo segundo de D. Pedro IV de Aragon, llamado el *Ceremonioso*. Comenzaron las obras por el año de 1386; pero hasta doce años despues no se terminaron, habiéndose inaugurado la iglesia en Noviembre de 1401, con solemnidad extraordinaria y presidida por el monarca aragonés. El monasterio, enriquecido con donaciones y privilegios de reyes y prelados, tuvo grande importancia durante el siglo xv, la cual se conservó en los siguientes, hasta que el huracan de la revolucion moderna convirtió en ruina tanta grandeza.

Damos una muestra de este monumento con la puerta de la iglesia, que era un monumento muy estimable de la arquitectura ojival en el siglo xv, ostentando, bajo gracioso pabellon ojival, un pasaje de la Vida de San Bruno, hecho por el escultor Nicolás Busi, artista muy honrado por el rey Felipe IV, y que murió de religioso mercenario en Segorbe, á edad muy avanzada. Es de tierra cocida, como las que adornan algunas puertas de la Catedral sevillana.

Al decretarse en 1835 la exclaustracion de los regulares, la Cartuja de *Vall de Cristi* pasó á ser propiedad del Estado, el cual no tardó en enajenarla en pública subasta con las fértiles y dilatadas posesiones que la circuían, por la cantidad de cuatrocientos sesenta y nueve mil sesenta y cinco reales. Vergüenza da consignar este hecho, tanto más cuanto que á la enajenacion en bajo precio hay ahora que añadir la demolicion del convento y la pérdida de su rica biblioteca y de sus preciosos monumentos artísticos. Contábase como una joya de este convento la capilla del Santo Sepulcro, construída en los primeros días de la fundacion y enriquecida con esculturas del referido Busi.

De todo apénas quedan las señales.

El único trozo que puede dar idea de este monumento en ruinas, es la puerta que publicamos. En sus mutilados arcos y en la decapitada efigie del santo fundador, pueden estudiarse los caracteres de nuestro siglo. Á él estaba reservada la vergonzosa mision de hacer buena la memoria de los vándalos, convirtiéndolo en ruinas monumentos gloriosos de la Religion y de la patria.

Arte cristiano: LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA. Cuadro del Ticiano, pág. 44.

Entrando en la Academia de Bellas Artes de Venecia, y despues de pasar el vestíbulo dedicado á las obras de escultura, el viajero se ve sorprendido ante la espaciosa sala que lleva el título de la *Asuncion*, donde se guardan las obras más insignes de los pintores venecianos. Allí *El Milagro de San Marcos*, de Tintoretto, tal vez la composicion más brillante de la escuela veneciana; *La Virgen y Santo Domingo distribuyendo rosas*, de Pablo Veronés; *La Vision del Apocalipsis*, de Palma el Joven; *La Incredulidad de Santo Tomás*, de Basano, y otras obras admirables de esta escuela, llenas de gracia, de brillantez, de rico y espléndido colorido. Pero á todas las preside como reina desde su trono la *Asuncion de Nuestra Señora*, pintada por el Ticiano, considerada por los italianos como una de sus mayores glorias, y cien veces reproducida por la fotografía y por el grabado. Hora era ya de que LA ILUSTRACION CATOLICA la publicase.

Perdido, segun parece, por muchos años, el recuerdo de esta hermosa composicion, hubo de ser hallada por el pintor Cicognara en lo alto de una pared de la iglesia de los Frari, como si allí quisiera vivir oscurecida, para recatarse de la mano de los especuladores. Despues de varias vicisitudes, el cuadro, convenientemente restaurado, pasó á formar parte del Museo Veneciano, donde en la actualidad se conserva. Ticiano Vecelli, de Cadore (1477-1576), pintó este cuadro en el período de mayor madurez de su admirable vida artística, una de las más fecundas y gloriosas de los pintores italianos.

Con ella puso colmo á su reputacion, porque, en efecto, con ella excedió á todas las suyas, frizando con el mérito de las más insignes de su tiempo. Á la antigua escuela veneciana representada por Bellini, abrió el Ticiano nuevos horizontes, mostrando el in-

comparable arrojé de su pincel los altos vuelos á que puede remontarse la imaginacion de un artista cristiano. «Inútil es sin duda, dice un crítico poco piadoso, elogiar las diversas bellezas, describir la misteriosa majestad del Padre Eterno, la brillantez deslumbradora del grupo de la Virgen, conducida por treinta angelitos, y la vigorosa realidad de los demás personajes quedados en tierra y testigos del milagro; basta recordar que en este cuadro Ticiano merece con justicia el nombre que le dieron sus biógrafos y admiradores, el del más grande colorista de Italia; y yo añado, que si no se le puede llamar precisamente el mayor colorista del mundo, no comparte al ménos este título insigne más que con Rubens, Velazquez y Rembrandt. Ticiano fué, en la escuela veneciana, lo que habian sido Leonardo, Miguel Ángel, Rafael y Corregio en Milan, Florencia, Roma y Parma: «absorbió á sus antepasados y arruinó á sus sucesores.»

El cuadro mide seis metros y noventa centímetros de alto, y tres metros sesenta centímetros de ancho.

Nuestros lectores se gozarán con la posesion de este grabado; pues el misterio de la Asuncion de la Virgen Nuestra Señora, complemento, por decirlo así, de la Concepcion Inmaculada, ha sido desde antiguo muy venerado en España. Por eso nuestras catedrales más antiguas están dedicadas á este misterio, del cual existe, en un sarcófago de la cripta de Santa Engracia de Zaragoza, simbólica escultura que se remonta al siglo segundo.

Los trabajos para la declaracion dogmática de la Asuncion de la Virgen son cada día más autorizados, y ojalá que pronto ciña la Iglesia á la Madre de Dios esta nueva corona de gloria.

RECUERDOS DE UN VIAJE: ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA: Estatua togada hallada en Medina de las Torres. Armas y espuela romanas de arte español, pág. 45.

(Véase el artículo de los Sres. Fita y Fernández-Guerra.—Pág. 42.)

## ADVERTENCIAS.

Con este número se reparte el índice del tomo III.

Rogamos á los suscritores que aún adeudan cantidades á esta Administracion se sirvan satisfacerlas lo más pronto posible, pues los gastos de la REVISTA no dan espera, y del exacto cumplimiento de los suscritores depende en gran parte el éxito de esta publicacion, en cuya prosperidad y mejora se interesan todos los buenos.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina, Plaza del Bombo, núm. 4.

Para los anuncios franceses, los Sres. J. Saisset y Bertal, 11, Rue Cadet, 11, París.

## SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

## SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Coleccion de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atencion del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresion á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelacion de San Juan*, consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

**Barcelona:** Jaime Oliver, Mendizábal, 14; Pons y Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

**Madrid:** D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdigüero y Comp.ª, San Martin, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

## ACADEMIA DE IDIOMAS.

Hemos tenido ocasion de conocer los felices resultados obtenidos en la enseñanza de Lenguas por el Catedrático dimisionario de la Universidad de París, el Doctor Lahue V. Schüz, que tiene establecida Academia de Lenguas vivas en esta Corte.

Basándose este profesor en un método sencillísimo á la vez que al alcance de todas las inteligencias, método especial que viene á ser el resultado de largos y profundos estudios hechos por el Sr. Schüz de todos los sistemas de enseñanza empleados en Europa, en la mayor parte de cuyas capitales ha residido algun tiempo, puede decirse que la enseñanza de los más difíciles idiomas la obtiene el discípulo con mucho ménos de la mitad del trabajo que hasta hoy ha sido preciso á cualquiera para poder hablar, leer y escribir alguna lengua extranjera.